

Un capítulo de la lucha aliadófila de Unamuno.

La revista *Iberia* (1915-1919)

MANUEL M^a URRUTIA LEÓN
Universidad de Deusto

La revista barcelonesa *Iberia* es una empresa dirigida, en plena contienda europea, a apoyar la causa de los aliados. Nacida en 1915, en Barcelona, se prolongará hasta poco después de finalizada la 1ª Guerra Mundial. Como se puede leer en la “declaración” insertada en el primer número de la revista:

[...]. O Prusia o Europa. O un ideal que rige sobre la vida colectiva al Estado, que funde en uno los dos conceptos de fuerza y de justicia, aspirando a organizar la tierra bajo el modelo rígido y dogmático de la Constitución alemana, o la tradición de los pueblos que han dado al mundo las lecciones eternas de la libertad individual y del gobierno democrático, que han afirmado el Derecho Internacional, sostenido por la mutua lealtad, que no quieren ahogar ningún principio nacionalista y hacen del Estado el organismo creado para afirmar y sostener el Derecho...¹

La revista catalana contará con una importante nómina de colaboradores entre los que pueden destacarse, además de a Unamuno, a Gabriel Alomar, López Picó, A. Rovira i Virgili, Ramón Pérez de Ayala, José Sánchez Rojas, Émile Boutroux, o Luis Araquistain. Su primer número saldrá el 10 de abril de 1915; y a partir de ahí la revista, de periodicidad semanal, se prolongará hasta el 22 de febrero de 1919, en que anuncia la despedida y su sustitución por otra publicación de signo bien diferente, “*Iberia. Revista de economía*”, con el siguiente agradecimiento: “...al finalizar su publicación con el carácter que hasta aquí ha ostentado, agradece el concurso que le han prestado sus amigos y favorecedores, merced al cual hemos podido realizar con eficacia nuestra obra. A todos, redactores, colaboradores, lectores, anunciantes y amigos, nuestra imperecedera gratitud”.²

Entre los colaboradores destaca precisamente Unamuno, que ya aparece en lugar preferente en el primer número de la revista, al tratarse de uno de los más destacados publicistas a favor de los aliados, y haber escrito bastantes artículos sobre la guerra en los que tomaba claro partido. En ese primer artículo, que titula precisamente “*Iberia*”, don Miguel denuncia y rechaza con vehemencia el intento alemán de dominar Europa.

¹ *Iberia*, Barcelona, año I, número 1, 10 de abril de 1915.

² *Iberia*, Barcelona, 22 de febrero de 1919.

¡Ay del día en que Alemania, que según el químico Guillermo Ostwald ha alcanzado una etapa de civilización más alta que la de todos los demás pueblos, llegará a imponer por la guerra esa civilización a esos otros pueblos! Porque lo que Alemania quiere, según el mismo Ostwald, es organizar Europa, pues Europa, dice, no ha sido organizada hasta ahora. Y ya sabéis lo que esa organización significaría: una dictadura de la diferenciación nacional del trabajo, asignando a cada pueblo el papel que según ella, la dictadora, le corresponde; la muerte del libre albedrío nacional. Unos buenos animales domésticos, lucios y bien mantenidos, y que daría su mayor rendimiento en manos del empresario imperial. Por algo Ostwald, al tratar de la energética sociológica en su obra *La energética*, empieza por la colmena. Seríamos las abejas de Germania. [...].

Y que nadie de fuera venga a querer organizarnos. Afuera ese armado viajante de comercio (soldado, *commis voyageur* y catedrático en una pieza) que pretende marcarnos el papel que hemos de hacer en el mundo por él organizado. ¡Que nos dejen a cada uno de nosotros como somos! Hasta nuestros vicios nos son más queridos que sus virtudes. Quédense, pues, con ellas.³

Más adelante, la propia revista recogerá, de *Le Temps* de París, una carta de Unamuno a su amigo Jacques Chevalier, en que aquél confía a su corresponsal estar obsesionado con la guerra de la democracia y la civilización de la libertad contra la cultura de la imposición dogmática y dictatorial:

El pensamiento que me absorbe, es el pensamiento de la guerra, de la gran guerra que pone en pugna la democracia de la justicia con el imperio de la fuerza, con esta bárbara Kultur con K mayúscula, rectilínea, erizada de cuatro puntas, parecida a un caballo de friso, la Kultur del águila rapaz y fanfarrona. En el *Nuevo Mundo* de aquí y en *La Nación* de Buenos Aires he emprendido una enérgica campaña a favor de la causa de los aliados. Pero debo ser franco. En España nosotros, los defensores de los aliados, anglófilos y francófilos, no somos la mayoría. [...].

Todos los partidos conservadores de acá están de parte de Alemania, porque Alemania representa para ellos el orden, la disciplina, la autoridad. Todos nuestros inquisidores, ¡y Dios sabe que son numerosos en nuestro país! se sienten solidarios de los inquisidores de la Kultur: la única preocupación de unos y otros es ahogar la espontaneidad libre, la personalidad. [...].

Por mi parte, considero que el triunfo imposible de Alemania sería el triunfo del mecanismo, de la técnica brutal y pedante, destructora de la personalidad. [...].

Creo, como usted, que esta guerra es una guerra a la civilización. Todos los pueblos deben levantarse contra el Estado sin pueblo y vencerlo.⁴

La presencia de Unamuno en la revista se circunscribe a poco más de media docena de artículos escritos para la revista, tres más recogidos de una publicación londinense, la carta citada a Chevalier y un importante manifiesto de intelectuales españoles en apoyo de los aliados. Presento a continuación la colaboración de don Miguel en la revista, indicando el lugar en que los escritos han sido ya recogidos, cuando ha sido el caso, y número en negrita los tres textos que reproduzco posteriormente al ser desconocidos aún.

³ *Iberia*, Barcelona, 10 de abril de 1915, recogido en UNAMUNO, MIGUEL DE, *Obras Completas* (Edición de MANUEL GARCÍA BLANCO), tomo IV, Madrid, Escelicer, 1966-1971, p. 536.

⁴ *Iberia*, Barcelona, 8 de enero de 1916.

Iberia (1915-1919):

- (1) 10 abril de 1915. Iberia. OC, IV, 536.
- (2) 26 junio 1915. ¿Neutralidad? Cobb, 22.⁵
- (3) 10 julio 1915. (El manifiesto de los intelectuales españoles). (1)
- (4) 21 agosto 1915. Carboneros troglodíticos. Sotelo, 737.⁶
- (5) 28 agosto 1915. Un alegato catalógico. Sotelo, 740.
- (6) 4 setiembre 1915. Pelicularidad. Urrutia, 280.⁷
- (7) 8 enero 1916. (Una carta de Unamuno a Jacques Chevalier). Sotelo, 744.
- (8) 25 marzo 1916. El manifiesto germanista de los intelectuales españoles. Sotelo, 745.
- (9) 13 mayo 1916. Las liturgias. Sotelo, 751.
- (10) 19 agosto 1916. Una paradójica hipótesis sociológica sobre la causa de la guerra actual. Cobb, 43
- (11) agosto 1918. La guerra de Italia. (2)
- (12) noviembre 1918. La anglofobia española. (3)

(1)

El manifiesto de los intelectuales españoles

En la prensa de París, primero, en la española, después, ha aparecido el manifiesto de los intelectuales españoles. Su prosa sobria e intensa, dicen que tiene la paternidad de Ramón Pérez Ayala, quizás el más fuerte de los nuevos hombres de letras de Castilla. Su lectura ha sido epilogada en Francia con un apasionado ¡vive l'Espagne! En Madrid, contrariamente, por las redacciones germanófilas, ha rugido un ¡muera! de despecho envidioso.

Y las firmas del manifiesto son todo el pensamiento español, con todos sus matices. La España viva y perdurable está ahí. Y si sus autores hubieran querido darle una mayor elasticidad, todo lo que en España tiene un valor, todo lo que en ella representa una fuerza inteligente inscribiera su nombre bajo el manifiesto que viene a hermanar con aquel otro que Cataluña presentó a Francia.

A continuación lo transcribimos, así como los comentarios que ha merecido de Chaumie, el traductor de Valle Inclán y de Azorín.

⁵ UNAMUNO, MIGUEL DE, *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial* (Introducción y edición de Christopher Cobb), London, Tamesis Books Limited, 1976, p. 22 (Cobb, 22).

⁶ Los tres artículos siguientes (*Carboneros troglodíticos*, el 1 de julio de 1915; *Un alegato catalógico*, el 1 de agosto de 1915; y *Pelicularidad*, el 1 de marzo de 1915), fueron publicados anteriormente en la revista *Hispania*, de Londres. Los dos primeros fueron recogidos por SOTELO VÁZQUEZ, ADOLFO, "Miguel de Unamuno y la revista barcelonesa *Iberia* (1915-1916)", *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*, Universidad de Barcelona, 1989, pp. 725- 755. El tercero, como se indica en la nota siguiente, fue publicado por el autor de este artículo en su estudio de la colaboración de Unamuno en *Hispania*.

⁷ M^a URRUTIA LEÓN, MANUEL, «Miguel de Unamuno colaborador de la revista *Hispania* de Londres (1912-1915)», *Letras de Deusto*, julio-setiembre 1998, pp. 251-291 (p. 280).

Elevamos la voz para decir nuestra opinión, con modestia y sobriedad, como españoles y como hombres.

No estaría bien en este momento supremo de la historia del mundo que la historia de España se separase del curso de los tiempos, permaneciendo a un lado como roca estéril, incapaz de sentir inquietudes por el porvenir y las que dictan la razón y la ética. Sería una bajeza que en estos momentos de gravedad profunda, de intensos sentimientos religiosos, cuando la raza humana sufre sin límites, engendrando una solidaridad más estrecha y más fraternal, que España, por pusilanimidad de sus políticos responsables, apareciese como un pueblo sin eco en las entrañas del mundo. Y sería peor aun que esos ecos se propagasen con acrimonia de voces inflamadas por ciegas pasiones y ultrajes de plumas y de periódicos mercenarios.

Nosotros, sin otro título que el de nuestras vidas silenciosas consagradas a las puras actividades del espíritu, sentimos que para servir a la patria y ser ciudadano honrado y útil es preciso ser hombre honrado y útil para todos los pueblos. Por eso estamos seguros de cumplir con nuestro deber de españoles y de hombres, declarando que participamos, con la plenitud de nuestro corazón y de nuestro juicio, en el conflicto que conmueve al mundo. Nosotros nos hacemos solidarios de la causa de los aliados en lo que ella representa, los ideales de justicia, lo único que puede coincidir con los más profundos y más imperiosos intereses políticos de la nación.

Nuestra conciencia rechaza todo aquello en que se manifiesten los hechos que degradan la dignidad humana y el respeto que los hombres se deben aun en el mayor encarnizamiento de la lucha.

Deseamos de una manera ardiente y ferviente que la paz futura sirva a todas las naciones de honrosa y provechosa enseñanza, y esperamos que el triunfo de la causa que estimamos justa afirmará los valores esenciales mediante los cuales cada pueblo, grande o pequeño, débil o fuerte, hará nacer la cultura humana, destruirá los fermentos del egoísmo de dominación y de impúdica violencia generadores de la catástrofe, y afirmará los cimientos de una nueva fraternidad internacional en que la fuerza llenará su fin, que es garantizar la razón y la justicia.

Catedráticos: Gumersindo de Azcárate, Nicolás Achúcarro, Adolfo Buylla, Américo Castro, Julio Cejador, Manuel B. Cossío, José Goyanes, Luis de Hoyos, G. R. Lofora, Eduardo López Navarro, Juan Madinaveitia, Gregorio Marañón, Ramón Menéndez Pidal, Manuel Morente, José Ortega Gasset, Gustavo Pittaluga, Adolfo Posada, Fernando de los Ríos, J. Eugenio Rivera, Luis Simarro, Ramón Turró, Miguel de Unamuno, Luis Urrutia y Luis de Zulueta.

Compositores de música: Manuel Falla, J. Turina, Rogelio del Villar y Amadeo Vives.

Pintores: Anglada Camarasa, Ramón Casas, Anselmo Miguel Nieto, José Rodríguez Acosta, Julio Romero de Torres, Santiago Rusiñol, Ignacio Zuloaga y Joaquín Sunyer.

Escultores y decoradores: Julio Antonio, Juan Borrell Nicolau, José Clará, Enrique Casanova, Manuel Castaños, Mateo Fernández de Sojo, Jerónimo Villalba y José Villalba.

Escritores: Mario Aguilar, Gabriel Alomar, Luis Araquistain, Manuel Azaña, «Azorín», José Carner, Manuel Ciges Aparicio, Francisco Grandmontagne, Amadeo

Hurtado, Ignacio Iglesias, Antonio Machado, Ramiro de Maeztu, Gregorio Martínez Sierra, Enrique de Mesa, Armando Palacio Valdés, Benito Pérez Galdós, Ramón Pérez de Ayala y Ramón del Valle Inclán.

(2)

La guerra de Italia

En septiembre del pasado año de 17 recorría, con otros escritores y publicistas españoles, el frente de guerra italiano de entonces. Volvimos de aquella inolvidable visita maravillados del esfuerzo que el ingenio italiano había llevado a cabo y de la organización de los servicios todos de guerra. Todo lo que era ingeniería, esto es: ingenio, arte y ciencia, sorprendía por su perfección y su audacia. Parecía imposible que se hubiere podido subir cañones a riscos en donde sólo las águilas cuelgan sus nidos y que se hubiese podido hacer accesibles y hasta en automóvil, cumbres tan escarpadas. Los imponentes Alpes dolomíticos, aquellas montañas rocosas que levantan sobre las nubes los que parecen esqueletos de manos gigantes que quieren apeñorar el cielo, aparecieron en nosotros dominados por el hombre de Italia, que es una de las más soberbias plantas humanas que sobre la Tierra se dan.

Cuando de vuelta a esta nuestra España había ya enviado al primer diario de Buenos Aires el primer fruto de mis experiencias en nuestra visita al frente italiano y me disponía a ir, sobre mis notas de excursión y documentos que de Italia traje, encauzando la opinión española respecto a aquel esfuerzo de que he dicho, vino el desastre de Caporetto y tuvimos que callar mientras se desahogaban, con su troglodítica malignidad, los Armandos Guerras de toda laya. Callamos, pero no sin esperar a que el tiempo aclarase cosas entonces oscuras e iluminase la vía del porvenir de la guerra, por lo que a Italia hace. La vía del porvenir de la guerra general, de la guerra única, de la guerra que las democracias riñen contra el imperialismo, los pueblos libres y civiles aliados contra el ejército de los súbditos del Kaiser y sus cómitres coronados.

¿Qué había ocurrido para que aquella magnífica preparación técnica, de ingenio y de paciencia, que admiramos, se hubiese venido, en su mayor y mejor parte, a tierra? Se ha hablado de que el ejército, aquel mismo ejército que tan denodado y valientemente atravesó el Isonzo (hazaña memorable que se ha querido olvidar luego) estaba socavado por propaganda pacifista y aun anarquista. Pero había, sin duda, más que eso. Tenía Italia en su seno entonces una carcoma aun mayor que el del anarquismo pacifista a todo trance y enemigo, a beneficio del imperialismo tudesco, de todo nacionalismo patriótico. Tenía Italia entonces, en su seno, mucha carcoma de germanismo, de imperialismo germánico.

El general Cadorna nos había dicho en Udine que Italia tuvo que ir a la guerra para evitarse una guerra civil y que su neutralidad era imposible. Pero había otra razón más íntima que llevó a Italia a la guerra y era que Alemania, o mejor Germania, la iba enriqueciendo y aleccionándola en muchas cosas, pero a costa de robarle el alma, de despersonalizarla. La germanización de Italia, sobre todo de la Italia del

Norte, era cada vez mayor. En Bancos, en industrias, en comercio, hasta en artes y en bellas artes, la invasión germánica era imponente. Había italianos que empezaban a no poder ver ni aun su propio arte, el divino arte italiano que brotó del milagro del Renacimiento, sino a través de anteojos y aun microscopios (y el microscopio no se hizo para ver obras de bello arte) germánicos. Italia caminaba a lo peor, a ser una nación protegida de Alemania. Y la protección es acaso peor que la pérdida de la independencia. Menos mal aunque una nación llegue a ser como una ramera de otros pueblos, una ramera libre que cada noche se alquila al mejor postor o se reserva renunciando al salario, menos mal esto y aun siendo ello lamentable, que caer en protegida de un Imperio que le ponga piso y monopolice sus bien pagadas caricias. Mejor bordello, como le llamó el Dante (Purgatorio, VI, 78), que no albergue de la querida que ganara el alcahuete germánico, Mefistófeles, un alcahuete científico, para el viejo Fausto rejuvenecido.

Y entre los más ponzoñosos frutos que Mefistófeles introdujo en la patria de Maquiavelo, sí, pero también de Manzini, el más grande apóstol de los pueblos libres, fue el de cierto imperialismo egoísta e incivil. Maquiavelo había vuelto a Italia, pero desfigurado, germanizado, mefistofelizado. En Italia se hablaba del sagrado egoísmo y de la nostra guerra. Y no era raro observar que más de un espíritu corrompido por el mefistofelismo germánico, por el maquiavelismo de un Treitscke, se regocijara de lo que creía el fin de Serbia y el de Grecia. "Grecia? c'cè finito!" oí alguna vez. Y me angustiaba oírlo.

Pero el revés de Caporetto hizo despertar el verdadero patriotismo universal, civil y humano de Italia, el patriotismo mazziniano, y los italianos de alma genuinamente romana, universal y civil, comprendieron y sintieron que su guerra no era ni podía ser otra que la guerra, la única, la que riñen los pueblos civiles y libres contra los ejércitos súbditos del Kaiser y de sus cómitres coronados. En Italia se sintió que peleaban no sólo para vengar agravios de Austria, no tampoco para conquistar la hegemonía del Adriático (toda hegemonía trasciende a imperialismo), sino para libertar a los pueblos oprimidos, y entre ellos a Serbia, a Grecia, a Bohemia, a Polonia, Italia, liberada ya del corrompido y corruptor Imperio austrohúngaro, carroña de las naciones, tiene que contribuir a la independencia de Bohemia y de Polonia, al establecimiento de la Gran Serbia, de Yugo-Eslavia y de la Gran Grecia. Y sólo así podrá gozar del Trentino, genuinamente italiano, y de todas aquellas otras tierras irredentas que sean evidentemente y en su mayor parte italianas. En Aquilea, donde irradia la italianidad por dondequiera, en la parte del Friul antes de estallar la guerra austriaca, pensaba yo no hace un año esto mismo.

Y así se ha visto que al revés de Caporetto se ha seguido una restauración del más genuino y más noble espíritu italiano, del espíritu mazziniano, universal y generoso, vencido ya del todo el maquiavelismo mefistofélico de reimportación germánica. Y la reciente victoria del Piave es la victoria de la italianidad civil y universal. Y acaso la de la tercera Roma, la de la Roma con que soñaba Manzini, contra la segunda Roma, la pontificia o papal: la victoria de la universalidad civil contra el catolicismo imperialista.

No hace aún un año se hablaba demasiado en Italia de realismo en el sentido atudescado y germánico de realpolitik, de maquiavelismo mefistofélico teutónico y en

el fondo austriacante; mas por fin, y gracias en mucho a la desgracia de Caporetto, el noble, el grande, el divino espiritualismo de Manzini ha vencido por fin. Y esta victoria que la mejor Italia, la Italia universal y eterna, ha ganado sobre la otra, sobre la Italia germanizada y protegida del viejo y repugnante Fausto rejuvenecido con drogas de alquimia, esta victoria anuncia y prepara su futura victoria, la victoria de los pueblos libres y civiles sobre los ejércitos de los súbditos del imperialismo.

No hace un año Armando Díaz nos hablaba de la toma, que no veía muy lejana, de Trieste. Hoy Italia, más que a tomar Trieste, marcha a deshacer ese monstruoso muladar que es el Imperio de los Habsburgos.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 1º de julio de 1918

(3)

La anglofobia española

La Liga de las Naciones, preconizada por el Presidente Wilson, ha sido ya en extensos términos realizada. El Imperio británico es una tal Liga de Naciones. Australia, Nueva Zelanda, el Canadá, el África del Sur son en realidad naciones independientes, tan independientes por lo menos como puede serlo España y más que Baviera y desde luego mucho más que Bohemia o que Polonia, que como naciones independientes no existen aún.

El desengaño mayor de los imperialistas a la alemana, que esperaban ver derrumbarse el Imperio británico, ha sido el glorioso espectáculo de las legiones de australianos, neozelandeses, canadienses, sudafricanos (entre ellos boers) y aun indios peleando al lado de Inglaterra contra el imperialismo militarista y despótico de Alemania. Y es que no han logrado percatarse de la diferencia que va de un Imperio democrático, fundado en opinión pública y que respeta la personalidad de cada nación que lo forma, a un Imperio autocrático y despótico, fundado en secretos cancillerescos y que trata de uniformar, conforme a un tipo reputado el más perfecto, todas sus naciones y las oprime. Jamás se le ha ocurrido, por ejemplo, a Inglaterra imponer en el Transvaal o en el Canadá el uso de la lengua inglesa, como Alemania ha tratado de imponer el de la alemana en las escuelas de Polonia o en las de Alsacia.

Se nos argüirá con el caso de Irlanda; pero respecto a esto el caso es que los obstáculos para su completa independencia, para una independencia como aquellas de que gozan Australia o Nueva Zelanda, no proviene de Inglaterra, sino de Irlanda misma, de un número de irlandeses $\frac{3}{4}$ menos que los otros en número, pero más en riqueza y en cultura y en civilidad $\frac{3}{4}$, los unionistas o ulsterianos que temen ser oprimidos y víctimas de una vindictividad secular si Inglaterra no protege en Irlanda la libertad civil y hasta la de conciencia. Cualquiera que haya hablado con irlandeses separatistas y anglófobos, fanáticos católicos de ánimo tan estrecho como su mente, habrá podido comprobar que no es espíritu de justicia sino de venganza el que los mueve; que no quieren tanta reparación de innegables agravios antiguos cuanto el

desquite de poder ellos agraviar a su vez a los nietos de los que agraviaron a sus abuelos y acaso hacer pagar un culto y una cultura a los que no participan de ellos. E Inglaterra, que ha sido el policía de la libertad civil y de conciencia en el mundo, no puede abandonar a los que no se resignan a verse sometidos a un régimen de excepción.

Por no tolerar que una nación independiente como era Bélgica (aunque su independencia estribara en la frágil base de un pedazo de papel, resultando una independencia mediatizada) fuese arrollada tuvo que entrar Inglaterra y con ella el Imperio británico todo en esta guerra de la democracia, que aspira a hacerse imperial, o sea universal, contra el imperialismo autocrático. Con ese acto corroboró el principio de interventu, no ya el derecho, sino el deber que tiene una nación en impedir que otra sea arrollada y oprimida por déspota o tirano de fuera o de dentro, extranjero o nacional. Porque aparte de que ninguna nación tiene derecho a interesarse de la opresión de otra, esta opresión, aunque sea ejercida por una banda o partido de nacionales de nación oprimida, amenaza siempre la seguridad y la civilidad de las demás naciones. No basta que un pueblo consienta en ser siervo de los que le mandan para que los pueblos libres, con los que tiene que convivir, lo consientan también. La nación que quiera convivir con naciones libres tiene que hacerse libre también.

Tal es el principio civil y moral que guía a las naciones civilizadas a apoderarse de las bárbaras, convirtiéndolas en colonias, para hacerlas naciones también civilizadas, independientes. Porque sin civilización no hay ni puede haber independencia. Un pueblo bárbaro abandonado a sí mismo no es independiente ni es libre.

La anglofobia española, de una gran parte de españoles, no proviene ni de lo de Gibraltar ni de las ingerencias que suponen ha ejercido Inglaterra, a raíz de nuestra guerra de África de 1860, v. gr., para impedir el engrandecimiento colonial de España; esa anglofobia procede del servicio que Inglaterra, la de la Reforma religiosa y la Revolución civil, hizo a la futura democracia civil y laica española derrotando la Armada del despótico Habsburgo Felipe II y ayudando así a la liberación y liberalización de los Países Bajos, a la formación del reino de Bélgica, por cuya independencia tiene que volver a luchar. Y esa anglofobia procede de que al echar un ejército inglés, ayudado por portugueses y españoles, a las huestes imperiales de Napoleón Bonaparte, de España, impidió que se adueñasen luego de nuestra patria los troglodíticos y frailunos guerrilleros que más que por su verdadera independencia civil peleaban por cerrar la entrada a los vientos renovadores y libertadores de la gran Revolución francesa. Ni olvidan esos anglófobos nuestros que Inglaterra ayudó en la guerra civil de los siete años (la de 1833 a 1840) al liberalismo español en su lucha contra los que pretendían mantenernos en el régimen apostólico de una absurda intolerancia religiosa y de un más absurdo despotismo (aunque no fuese tiranía) político. El régimen absolutista, el de los Habsburgos españoles y aun el de sus Borbones, el preconizado por la rama de los pretendientes, a partir de don Carlos María Isidro, y no repudiado por la rama hoy reinante aquí, es el régimen de secreto de Estado, acaso el de pacto de familia, el régimen patrimonial y no el patriótico.

Son los españoles que no quieren que España entre en una liga de naciones independientes, libres y democráticas, lo que le obligaría a fundar su independencia, su libertad y su democracia verdaderas, los que aquí azuzan contra Inglaterra las

peores pasiones, no del pueblo, sino de esa triste masa fanatizada y embaucada por una educación lamentable; son los que saben que España no puede formar parte de esa liga sino reniega de la tradición habsburgiana de sus Austrias, heraldos de la Contra-Reforma, de los que prepararon nuestra tragedia americana y el alejamiento espiritual de las naciones americanas que de nuestras colonias ultramarinas brotaron, por haber supeditado la suerte de aquel imperio colonial a la política que heredó España del César Carlos V de Alemania y de su hijo Felipe II, el que no quiso dar independencia a los Países Bajos no más que por conservar en ellos la tiránica unidad católica y perseguir como un delito civil la herejía.

MIGUEL DE UNAMUNO